ORACION

QUE A SU RECIBIMIENTO

DE INDIVIDUO HONORARIO

DE LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE SEVILLA,

DIJO

D. MANUEL RUIZ CRESPO,
ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE LA MISMA CIUDAD,

Presentando en el acto la traduccion de la Egloga X de Virgilio;

EL DIA 31 DE OCTUBRE DE 1828.



SEVILLA.
IMPRENTA DE D. MARIANO CARO.
1829.

Consiliorum relinquere ac virtutum nostrarum effigiem nonne multò malle debemus, summis ingeniis expressam et politam?

Cic. pro Arch.

SEÑORES.

Si yo hubiese de significaros dignamente los sinceros votos de mi gratitud, por el singular honor que debo á esta ilustre Corporacion, al acordar se inscriba mi nombre entre los de sus beneméritos individuos, sería necesario poseer la delicadísima y siempre amena elocuencia de Tulio, para presentar con algun atractivo á tan ilustrados oyentes un argumento que, siendo hijo de la obligacion mas sagrada, ha tenido á vuestra presencia, desde este sitio, tantos y tan felices oradores. A mí empero, á quien solo el amor á la verdad y el deseo de conocerla han conducido desde mis primeros años al estudio de las letras, y que solo gozo el singular placer de alimentarle, admirando los talentos privilegiados, séame lícito al menos expresaros con el lenguage sencillo y candoroso de un alumno de Minerva, la sorpresa y entusiasmo de que se halla inundado mi espíritu al considerarme unido á esta esclarecida Academia con los mas estrechos vínculos de amor y de respeto. Séame lícito envanecerme de pertenecerla, y de contemplar en su seno los mo-

delos del saber, á cuya imitacion podré aspirar con la fundada esperanza de saciar en ella mi sed de gloria, si me fuese dada la dicha de conseguirlo. Séame lícito recrear vuestra memoria, encareciendo el inestimable tesoro que encierran los principios fundamentales de vuestro instituto, por los cuales ha merecido esta científica Asamblea la proteccion de los Soberanos, la atencion de las Autoridades, la opinion y confianza del público, y el esmero y concurrencia de los sabios y de los hombres mas eminentes, que han ilustrado con sus luces las sombras de la historia, que han fijado los términos del discurso con sus desvelos, que han desterrado con su delicadeza y gusto los sofismas y los errores del escolasticismo y gongorismo, desde los tiempos desgraciados, que no quisiera recordar, en que las tinieblas de la mas estúpida petulancia habian oscurecido los luminares hermosos que se desprendieran de los escritos de los Granadas, de los Cervantes, de los Leones, y tantos otros célebres oradores, filósofos y poetas del siglo precedente, al paso mismo que el grande Luis XIV hacia renacer la edad de oro de la literatura, alentando los esfuerzos de Corneille, de Bourdaloue, de Moliere y de un sinnúmero de sabios, que formaban el mas precioso y estimable ornamento de su corte.

Sí, Señores: dispensad á mi debil voz los raptos involuntarios de una imaginacion, no viciada por

el delirio, no alarmada de la fea adulacion, pero sí enardecida justamente al admirar el benéfico entusiasmo de aquellos ilustrados patricios, que á la sombra del pacífico Fernando VI, proclamaron públicamente, los primeros en la Bética, la independencia del talento humano y su noble y celestial categoría, desterrando las máximas del error, y erigiendo á sus coetáneos y á la posteridad un monumento augusto, y el mas seguro alcázar á la sabiduría, cuyos fundamentos indestructibles colocaron sobre los mas sólidos principios.

La instruccion universal y el descubrimiento de *la verdad por sus axiomas intrínsecos, expuestos con propiedad, discernimiento crítico y erudicion*; ved aqui las bases de este edificio y el cánon principal sancionado en las primeras líneas del estatuto particular de los socios, que pasó despues á serlo por la Autoridad soberana, con la libertad del pensamiento y de la ocupacion en que cada uno desease emplearle: ved aqui tambien los medios por que se ha conservado tantos años con utilidad del Estado, contribuyendo sus multiplicados adelantos á los admirables progresos de las ciencias en el presente siglo, sin disputa ilustrado, aunque desgraciadamente combatido por desenfrenadas pasiones.

Tan escelente propósito, que basta solo enunciarle para conocer su conveniencia con las máximas del verdadero saber y de la política, fué en-

tonces el emblema de la reunion que se erigia contra los estragos de la erudicion de los semisabios, á quienes la casualidad y un hado fatal para España habian introducido en los amenos campos de las ciencias, donde su ofuscacion y ergotismo solo les presentaba abrojos, de que cubrieron los inmensos estudios de la Teología, del Derecho, de la Oratoria política y sagrada, de la Poesía, de la Filosofía, y de todos los ramos de la inteligencia. Creyeron sin duda que el conocimiento de las ideas consistia en palabras obscuras, y formando de ellas un diccionario tan inagotable como ininteligible, confundieron con sus esplicaciones el lenguage de los Agustinos, de los Crisóstomos, de los Alfonsos, de los Canos, de los Demóstenes, y de tantos otros verdaderos sabios, que en épocas mas fortunadas florecieron para bien y decoro de la humanidad. Asi en vez de recoger y diseminar las luces, adoraban y esparcian el humo; y asi las verdaderas nociones de lo bello, de lo honesto, de lo justo, de lo cierto quedaron confundidas por espacio de muchos años, para ludibrio de las demas naciones y mengua de los sectarios del escolasticismo. Las sutilezas y retruécanos, los follages y mamarrachos eran los renuevos de tan sazonados frutos. Olvidáronse las formas que hicieran famosos los nombres de Pericles, de Sócrates, de Horacio, de Vitrubio, de Apeles, de Zeuxis, de Herrera y de Murillo,

de Montañes y de la inmensa suma de oradores, filósofos, literatos y artistas que la historia nos presenta haber antecedido con sus dignas producciones á Mair, Rengifo, Churriguera y otros héroes del idiotismo, en aquel tiempo que parecia haber huido la belleza y la verdad de los conocimientos y producciones humanas.

Pero ¿á qué molestar vuestra atencion con dilatar la historia de esos desventurados dias, que por fortuna hubieron de cesar, y contener su carrera á la vista de los héroes, que armados de los verdaderos principios opusieron un dique á su inundacion? Era indispensable remediar los abusos de la primera enseñanza, rectificar los métodos de aprender, de estudiar y de raciocinar, de hablar y de escribir en todas las ciencias y en todas las facultades conocidas; renovar el verdadero gusto con la lectura é inteligencia de la docta antigüedad; formar nuevas ideas de la política; sacar la filosofía de su estado de aniquilacion, y elevarla por medios desconocidos á la cumbre de su origen, de donde habia de tomarse el criterio para discernir las producciones de la metafísica universal, de la retórica, de la poética, de la pintura, y de todas las artes y estudios; reunir en un centro los talentos, cuyas luces irradiándose de él, debian comunicarse á todos, aumentando las de cada uno con maravilloso progreso; formar en una palabra la Enciclopedia.

Los resultados no han desmentido tan útiles propósitos, como es de ver en la abundantísima coleccion que esta Ilustre Academia ha reunido en menos de un siglo, de memorias, tratados y composiciones de toda clase sobre las materias mas selectas, dignas de mejor suerte, aunque de algunas tenga el público noticia, y otras hayan inmortalizado á sus autores; todas las cuales demostrarán siempre la asiduidad y adelantos de sus socios, que teniendo á la vista el estímulo de sus predecesores y compañeros, han sabido cultivar los ramos mas escogidos, con el fin de encontrar y hacer ostensible la verdad, proponiendo con propiedad y discernimiento sus intrínsecos principios.

Lejos de ellos siempre la ruin envidia, la maledicencia y el sarcasmo, la preponderancia y el sofisma, cuando su corazon puro y rectas miras al beneficio general del Estado y á la adquisicion de gloria, que enciende los mas helados pechos, solo se ha gozado en los sacrificios que tributan á la deidad que los reune en el templo de Minerva: la verdad sola, buscada ansiosamente con los desvelos recíprocos de tan íntimos socios, arrebata todo su espíritu, lleva tras sí todas las adoraciones, y los eleva con su celestial influjo á la esfera de la amable sabiduría, iluminándoles en los intricados laberintos del discurso, é introduciéndoles en sus sagrados penetrales por recompensa de tan inocentes tareas.

Ella es la que al mismo tiempo que inspiraba el genio de Newton en el descubrimiento de los sistemas del mundo, por medio de la mas sencilla observacion, le preparaba la corona de una fama eterna é inmortal entre los hombres: ella, la que remedada con arte por Homero, por el lírico de Venuso, por el pastor de Sicilia, y por Anacreonte, y Píndaro, y Maron, y nuestro Herrera, les guiara sobre el confuso caos de la naturaleza, para escoger y retratar las sensaciones y los sentimientos, las bellezas morales y físicas que pulsasen mas de cerca y con mayor atractivo el espíritu y la imaginacion de los humanos, y produjese en estos la admiracion y el aplauso, con el encanto, la enseñanza y los inocentes placeres: ella, la que inspiraba el labio y la pluma de los inimitables Demóstenes, y Perícles, y Sócrates, y Ciceron, y Granada, facilitándoles los raudales de la insondable facultad de decir, para cautivar los corazones y triunfar del entendimiento, reduciéndolos al estado de pasion, de mocion y de resolucion que apetecian adoptasen sus oyentes, ora por el comun interes de la patria, ora por el exacto desempeño de la moral, ya en beneficio de un cliente, ya para la preservacion de los males que el vicio acarrea á la humanidad descuidada: ella en fin (¿y cómo pudiera yo decirlo todo?) la que conserva las sociedades por medio de la justicia; la que preside todos los movimientos del co-

razon del hombre; de la que no es lícito separarse sin pena; y de cuyo dominio nada puede eximirse sin peligro de ser aniquilado.

Pero asi como no es dado á las tinieblas ejercer su imperio sino bajo el manto de la noche, y nunca dilatarle á la presencia del sol, cuyos hermosos rayos la hacen desaparecer; asi como á las aves nocturnas jamas es dado solazarse con los benignos colores y hermosa luz del astro del dia, porque viven y se alimentan y giran por entre la obscuridad y las sombras; asi tampoco fué lícito ni lo será nunca á los buhos de la literatura, á los melancólicos y sofísticos talentos penetrar hasta la cumbre que la verdad reserva á los que la buscan por los senderos que ella misma les señala. No lo son ciertamente la interminable disputa, no el orgullo y la preponderancia, no la depravada imitacion ciega de los errores agenos, no el desprecio de las luces de los otros, no el sutil y superficial raciocinio, no el temor de los rumores del vulgo, no el ergotismo ni la ofuscacion, no el desatender la belleza y sus placeres sencillos, no la ligera observacion de los fenómenos y de los sucesos y de los resultados de la naturaleza en todos sus seres y en todas las relaciones de estos entre sí; sino la profunda reflexion sobre ellos, el sólido estudio, el deseo sincero de ser útil á sus semejantes, de endulzar sus costumbres y de ilustrar su razon y conducirla al mejor término posible de producir re-

sultados seguros en la teórica y práctica de las ciencias; la amable condescendencia y vencimiento de sus mas propios y amados pensamientos; la apetecible emulacion, que inspira el fuego de la gloria; estos son los caminos que conducen al descubrimiento de la verdad; estos los medios, y tales los fines que los benéficos erectores de esta ilustre Corporacion se propusieron para eterna ventura de sus compañeros é imitadores, y felicidad del Estado.

Permitidme, pues, tribute á su memoria por tan plausible motivo el homenage que les debo en este dia, que tengo la dicha de publicar su admirable proyecto; al tiempo mismo que elevâre mi voz hasta el trono de nuestros augustos Soberanos, sus protectores singulares, dándoles gracias por sus disposiciones en favor de este Cuerpo científico, erigido á la sombra de su poder. Aun son mayores mis deseos, para hacerlo, si me fuese lícito, aunque con diverso y humilde acento, á los pies del inmortal Fernando VII, cuyos cuidados paternales tanto necesitamos.

Entretanto llega el apetecido momento de merecerlos, podremos dedicarnos á rogar al Todopoderoso por su prosperidad, alentando con el ejemplo de los predecesores las tareas de instituto, como yo lo haré con el vuestro.

HE DICHO.

EGLOGA X. DE VIRGILIO.

GALO.

Inspira tú, Aretusa, claro acento
A los postreros ecos de mi avena;
Cantaré para Galo, mi contento,
Y á la misma Licoris daré pena:
¿Quién á Galo negara sus cantares?
Asi á tí, cuando ya te deslizares
Sobre las crudas olas sicilianas,
Dóris con su onda amarga no te ofenda.
Comienza pues; cantemos las insanas
Ansias de Galo en desigual contienda;
Entanto las cabrillas triscadoras

ECLOGA X.

GALLUS.

Extremum hunc, Aretusa, mihi concede laborem.
Pauca meo Gallo, sed quæ legat ipsa Lycoris,
Carmina sunt dicenda: neget quis carmina Gallo?
Sic tibi, cum fluctus subter labêre sicanos,
Doris amara suam non intermisceat undam.
Incipe: sollicitos Galli dicamus amores:

Los tiernos recentales van paciendo,
Las diosas protectoras,
Y Eco fiel nuestros cantos repitiendo.
¿Qué oculto bosque, cuál floresta umbría
Os detuvieron, Nayades graciosas,
Cuando Galo en incauto amor ardía?
No en las cumbres de Pindo gloriosas,
Ni del Parnaso estabais solazadas,
Ni de Aonia en las aguas consagradas.
Entanto le lloraban los laureles,
Y á par los avellanos le lloraban;
El Ménalo, de pinos coronado,
Y á par las rocas del Liceo helado
Su dolor con el llanto publicaban,
Sobre una peña al verle abandonado:
En torno balan las ovejas tristes,
Y ni aun nos mueve su inocente pena.
No te ofendas, si el nombre tuyo suena

Dum tenera attondent simæ virgulta capellæ.
Non canimus surdis: respondent omnia silvæ.
Quœ nemora, aut qui vos saltus habuere, puellæ
Naïdes, indigno cum Gallus amore periret?
Nam neque Parnassi vobis juga, nam neque Pindi,
Ulla moram fecere, neque Aonia Aganippe.
Illum etiam lauri, illum etiam flevêre myricæ:
Pinifer illum etiam solâ sub rupe jacentem
Mænalus, et gelidi fleverunt saxa Lycæi.

Con los rebaños, mi cantor divino,
Que el bellísimo Adonis tambien vino
Por las riveras con humilde hato.
Llegó el pastor de ovejas, y vinieron
    Los tardos porquerizos,
    Y de los invernizos
Acopios de la nieve ya calado
Vino Menalca, y todos te dijeron:
¿De donde aqueste amor habrás sacado?
    Vino el crinado Apolo,
¿Cómo estás, Galo, (dice) tan sin seso?
    Licoris, tu embeleso,
Por complacer su nuevo amante solo,
Le acompaña entre nieves y entre horrores.
Llegóse á Galo Silvano, la frente
    Coronada de flores,
Sacudiendo los vástagos floridos,
Y un ramo de olorosas azucenas.

Stant et oves circum; nostri nec pœnitet illas;
Nec te pœniteat pecoris, divine Poeta.
Et formosus oves ad flumina pavit Adonis.
Venit et opilio, tardi venére subulci:
Ubidus hiberna venit de glande Menalcas.
Omnes, unde amor iste, rogant tibi? Venit Apollo:
Galle, quid insanis? inquit: tua cura Lycoris,
Perque nives alium, perque horrida castra secu-
    ta est.

Llegóse el dios de Arcadia, Pan potente;
A quien vimos nosotros los pastores
Bello y resplandeciente,
Ornado con los frutos escogidos
Del purpúreo color de las verbenas:
¿Si será eso remedio de mal tanto?
(Dijo) el amor en ello no repara;
No se sacia el amor de eterno llanto,
Ni el prado de agua clara,
Ni la aveja del cítiso oloroso,
Ni la cabra del pasto delicioso.
Mas él triste decia:
Arcades, cantareis vosotros solo
La desventura mia
En estos vuestros montes algun dia......
Vosotros cantareis, hijos de Apolo.
Entonces ¡cuán dichoso! entre estas sombras
Descansáran mis huesos blandamente,

Venit et agresti capitis Silvanus honore,
Florentes ferulas, et grandia lilia quassans.
Pan, deus Arcadiæ venit, quem vidimus ipsi
Sanguineis ebuli baccis, minioque rubentem.
Ecquis erit modus? inquit: amor non talia curat.
Nec lacrymis crudelis amor, nec gramina rivis,
Nec cythiso saturantur apes, nec fronde capellæ.
Tristis at ille: tamen cantabitis, Arcades, inquit,
Montibus hæc vestris: soli cantare periti

Si mi pena publica y mis amores
Vuestra zampoña plácida y doliente.
¡Ojalá fuese yo de los pastores,
O guarda del ganado vuestro fuese,
O las maduras uvas recogiese!
Ya de Fílis ó Aminta fuera amado,
Ya en mi pecho alentase un nuevo fuego,
(¿Y si advirtiera luego
De Aminta el rostro de color tostado?
Morada es la violeta apetecible,
Y el jacinto flexible)
Viviera yo tranquilo aquí á su lado
Bajo los sauces y frondosas vides;
Filis cogiera para mí las flores,
Y Aminta con su canto me alhagara.
Aqui, Licori, entre las frias fuentes,
Aqui entre bellos prados florecientes,

Arcades: ó mihi tum quam molliter ossa quiescant
Vestra meos olim si fistula dicat amores.
Atque utinam ex vobis unus, vestrique fuissem
Aut custos gregis, aut maturæ vinitor ubæ.
Certè, sive mihi Phyllis, sive esset Amyntas,
Seu quicumque furor; (quid tum si fuscus Amyntas?
Et nigræ violæ sunt, et vaccinia nigra)
Mecum inter salices, lentâ sub vite, jaceret.
Serta mihi Phyllis legeret, cantaret Amyntas.
Hic gelidi fontes: hic mollia prata, Lycori:

Aquí en el bosque umbrío
Contigo viera el sol postrero mio.
Asi el amor insano me desarma
De Marte en los horrores,
Entre enemigos y contínua alarma;
Mientras tú ¡quién creyera tal delirio!
De tu patria alejada, tú te atreves
A ver, ¡ó dura! las alpinas nieves;
Sin mí sufres del Rin el crudo frio.
¡Ah! no te ofenda su rigor impio,
Ni el yelo oprima tus divinas plantas.
Del pastor de Sicilia con la avena
Iré, y ensayaré canciones tantas,
Que el calcídico verso ya resuena.
Sí, que en las selvas moriré gozoso
Entre las grutas de las duras fieras,
Y gravaré en los árboles nacientes

Hic nemus: hic ipso tecum consumerer œvo.
Nunc insanus amor duri me Martis in armis,
Tela inter media, atque adversos detinet hostes.
Tu procul è patriâ (nec sit mihi credere tantum)
Alpinas, ah! dura, nives et frigora Rheni
Me sine sola vides: ah, te ne frigora lædant!
Ah, tibi ne teneras glacies secet aspera plantas!
Ibo, et chalcidico quœ sunt mihi condita versu,
Carmina pastoris Siculi modulabor avenâ.
Certum est in silvis, inter spelaea ferarum

Mis amores ardientes,
Y como ellos íreis creciendo, amores.
Entanto correré el Ménalo umbroso
Entre las bellas Ninfas placenteras,
O iré cazando al javalí furioso;
Ni bastarán los mas helados frios
Á impedirme llevar los canes mios
En torno de las selvas del Partenio.
Ya, ya corriendo con alegre ingenio
Por las rocas y bosques ir me miro;
Ya el arco parto manejar me agrada,
Y en él mil flechas de Cydonia tiro.
Mas ¡ ah ! que en vano á mi furor consuelo
Procura el alma, de gemir cansada!
Del dios cruel el hombre pide en vano
Remedio al mal y al mísero desvelo.
Ya de las Hamadriades la vista

Malle pati, tenerisque meos incidere amores
Arboribus: crescent illæ, crescetis amores.
Interea mistis lustrabo Mænala Nymphis:
Aut acres venabor apros: non me ulla vetabunt
Frigora Parthenios canibus circumdare saltus.
Jam mihi per rupes videor lucosque sonantes
Ire: libet Partho torquere Cydonia cornu
Spicula: tamquam hæc sit nostri medicina furoris:
Aut deus ille malis hominum mitescere discat.
Jam neque Hamadriades rursus, nec carmina nobis

No me agrada, ni el canto siciliano;
Dadme, ó bosques, de nuevo que os olvide.
No hay quien con penas tal ardor resista;
Aunque en medio del mas helado invierno
De Ebro las frias aguas yo bebiese;
Y aunque de Tracia en huracan eterno
Las nieves yo sufriese;
Y aunque apaciera bajo el Cancro estivo
Ovejas de Etiopia, cuando el vivo
Rayo del sol las corchas desbarata;
De todo triunfa Amor, á Amor cedamos.
Basta ya á vuestro alumno estos cantares
Ensayar, mientras teje en sombra grata
Una cesta de mimbre con los ramos,
Piérides divinas.
Vosotras estos versos llevareis
Á Galo, y su belleza ensalzareis;

Ipsa placent: ipsæ rursus concedite silvæ.
Non illum nostri possunt mutare labores:
Nec si frigoribus mediis, Hebrumque bibamus,
Sithoniasque nives hiemis subeamus aquosæ:
Nec si, cum moriens altâ liber aret in ulmo,
Æthiopum versemus oves sub sidere Cancri;
Omnia vincit amor, et nos cedamus amori.
Hæc sat erit, Divæ, vestrum cecinisse poetam,
Dum sedet et gracili fiscellam texit ibisco,
Pierides; vos hæc facietis maxima Gallo:

Á Galo, cuyas ansias siempre finas
Mi pecho aumenta de uno en otro instante,
Como en el nuevo estío
Crece el álamo verde rozagante.
Marchemos pues, que el campo ya sombrío
Suele apenar los tímidos cantores;
Triste es la sombra del enebro frio;
Tambien la sombra daña los sembrados.
Id, ovejillas, id á los cercados;
Ya estais hartas de aroma,
Y el Héspero luciente ya se asoma.

Gallo, cujus amor tantum mihi crescit in horas,
Quantum vere novo viridis se subjicit alnus.
Surgamus: solet esse gravis cantantibus umbra:
Juniperi gravis umbra: nocent et frugibus umbræ-
Ite domum, saturæ, venit Hesperus, ite, capellæ.


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm